

rando las ventajas de la Religion Cristiana , y los reverses horrorosos que habian merecido sus perseguidores, especialmente el Emperador Valeriano , que era mas conocido de los Persas , porque por mano de ellos le habia castigado Dios. Por fin desde la conversion del gran Constantino , de tal manera fueron la fe y la virtud el principio de la mayor parte de sus acciones, que la Historia Eclesiástica en casi todo su admirable reinado parece un continuo panegirico de este piadoso Emperador.

Pero no por esto dejaron de calumniarle los idólatras , á quienes han seguido los impíos y malévolos de todos los tiempos posteriores. Ellos emponzoñaron sus intenciones , agravaron aquella clase de defectos ó errores que son como inevitables en los hombres de dignidades eminentes , y aun fabricaron mil falsedades fuera de todo fundamento. Mas las personas sensatas de todos los partidos lo tenian como á uno de los mas grandes y mejores Príncipes de cuantos habian ocupado el trono. No se le achacaba sino el defecto casi indispensable en la grandeza , á saber , mucha facilidad en dejarse sorprender ; de lo que se dice que fue triste víctima Crispo , acaso el mejor de sus hijos. Esta acusacion , que con otras muchas , tiene á Zósimo por promotor principal , sin decir fijamente el lugar , el tiempo , ni alguna de las particularidades que todos deben saber en un hecho de tal naturaleza , está acompañada con circunstancias improbables y claramente fingidas para hacer odioso el cristianismo ; y de ella , ya en su principio tan sospechosa de

falsedad , nada nos dice Eusebio , y aun la desmienten formalmente Sozomeno y Evagrio.

76. Sin embargo de las razones que pudieron hacer fuerza á algunos modernos merecedores de crédito , he aquí como cuentan este suceso , en el que Constantino , aunque muy culpable sin duda , tal vez no nos parecerá tanto como Zósimo lo representa. Era el malhadado Crispo hijo de Minervina primera muger del Emperador ; jóven en quien todos depositaron sus esperanzas , porque se habia distinguido por tierra contra los bárbaros , y con mas gloria aun por mar contra Licinio , cuya armada y recursos habia destruido totalmente. Juzgábanle todos por estas circunstancias digno del Imperio del mundo ; ya habia seis años que era César , cuando Fausta su madrastra , digna hija del tirano Maximiano , resolvió perder á este héroe , para que pasasen los derechos de sucesion del primero á los segundos , de quienes era madre. Tuvo pues la osadía de acusar á Crispo de haber intentado violar su pudor , y dispuesto la muerte de Constantino , despues de profanar su lecho. Estas quejas de parte de una esposa querida en extremo , hicieron la mas terrible impresion ; por otra parte Fausta tenia demasiado artificio para dejar de decir algunas pruebas equívocas que reunidas á la atrocidad del crimen conmovieron de tal modo al Emperador , que le pusieron en términos de no escuchar las voces de la moderacion , ni aun de la razon. Se obstinó en no oír las justas representaciones de su madre la Emperatriz Elena , que en aquel tiempo conservaba la salud mas

completa, y despues no hizo mas que consumirse en una lánguida y mortal melancolía: porque esta piadosa Princesa se habia encargado de la crianza y educacion de Crispo, sirviéndole de madre, por haber perdido la suya desde la infancia. Pero todos los ruegos y lágrimas fueron en vano: dejóse arrebatarse Constantino de la furia ciega y rabiosa de los celos, y condenó al inocente calumniado casi sin oírle. Dicen algunos historiadores que el infeliz Crispo fue degollado, y otros envenenado, porque la egecucion de su sentencia de muerte fue sin duda alguna muy reservada.

77. Apenas satisfizo el padre su indignacion, quando principió á arrepentirse, á reflexionar, y por fin á sospechar de la conducta de Fausta. Lloraba Elena sin consuelo la muerte de su digno nieto; y el Emperador quiso consolarla, para lo cual fue preciso oírle. Estaba muy lejos de ser inocente en punto á costumbres la bárbara madrastra; pues leemos en Filostorgio que fue sorprendida en el acto mismo de cometer un delito feo con un hombre de la mas baja esfera. Hizose pues de manera que abriese los ojos su augusto esposo, y llegó por último á persuadirse que una muger capaz de tanta infamia, lo era de todo lo malo. Era madrastra por otra parte, y por consecuencia acusadora muy sospechosa: reflexiones todas que se manifestaban con tanta mayor vehemencia quanto venian mas tarde. Convencido respecto á las costumbres sobrevinieron pronto las sospechas; y últimamente se logró que el Emperador quedase satisfecho de la ver-

dad de todo lo ocurrido en la injusta acusacion de su amado hijo. Todo el cariño del Emperador, del que se habia abusado tan bajamente, se convirtió en despecho, figurándose en su esposa una infame paricida, que por la mano del padre habia escondido el puñal en el seno del hijo. Mas en esta cólera violenta no pudo ser dueño de sí mismo, y castigó á Fausta de una manera mas cruel que justa; pues la mandó encerrar en un baño caliente para que en él se sufocase.

Fueron estas dos muertes causa de otras muchas, porque murieron varios amigos ó cómplices de aquellas dos víctimas de la confianza y del resentimiento. Se dice que Constantino hizo penitencia por estas dos faltas; pero no restituyó el antiguo esplendor ni á su virtud ni á su gloria. Lo restante de su vida es verdad que no correspondió á sus principios; y si se hubiese de juzgar por ciertos pasages de sus últimos años, no merecia Constantino otro lugar que aquel á que pueden aspirar en la historia los Príncipes comunes.

El mismo Emperador que en el Concilio de Nicéa y en otras muchas ocasiones habia acreditado una reserva tan humilde y tan recomendable en materia de Religion, se entrometió indiscretamente en los negocios eclesiásticos. Se dejó al mismo tiempo seducir indignamente por la hipocresía y las sordas intrigas de los sectarios; y creyó con mucha ligereza las calumnias de los hereges contra los Obispos mas santos (1).

(1) *Zosim. lib. 2. hist. pág. 685.*

Asimismo tuvo la debilidad de disgustarse de la antigua Roma, porque no era amado en aquella ciudad; bien que este odio provenia solamente de la afición pertináz del Senado y de los Grandes á la idolatría: por lo que eligió la ciudad de Bizancio, á la que llamó Constantinopla y nueva Roma; para suscitarla una rival capáz de eclipsar, ó á lo menos partir con ella su gloria, sin preveer que él mismo disponia su ruina, y con ella la decadencia de todo el Imperio.

78. No vivió la Emperatriz Elena hasta la fundación de esta nueva capital. Habíase ausentado de la antigua, poco tiempo despues de la muerte de los ilustres proscriptos de quienes acabamos de hablar, con el objeto de borrar, ó por lo menos disminuir tan funesta memoria en su imaginacion estremadamente contristada. Por mas detestable que le parecia la calumnia de Fausta, nunca se la hubiera tratado con tanto rigor por voto de la piadosa Elena: pero adoró en los juicios humanos la severidad de la justicia Divina, y buscó en la práctica cada vez mas continúa de las buenas obras la serenidad acostumbrada de su espíritu. Sin embargo, á pesar de toda su resignacion y la inalterable salud que siempre habia disfrutado, aun en una edad muy avanzada, experimentó por sí que los pesares causan á veces perjuicios mas terribles que los años, y que ocasionan mayor impresion, quanto mas sensible es la persona que los recibe. Por el decaimiento de sus fuerzas conoció que el Señor la llamaba para sí, y que era necesario prevenirse por último para morir; y en esta

inteligencia dió sus consejos al Emperador, que los recibió deshecho en lágrimas juntamente con sus hijos. Fue tan santa su muerte como lo habia sido siempre su vida desde su conversion al cristianismo. La Iglesia ha mirado á esta Emperatriz constantemente como á su mas famosa protectora, contándola en el número de las Santas.

79. La muerte de Elena fue muy prematura, y de mal agüero para los Católicos. Constantino, de un carácter naturalmente amigo de comunicar sus pensamientos, y que no podia vivir sin una persona de su confianza, dió el puesto que su madre ocupaba en su corazon á su hermana Constanza, viuda de Licinio. Parecia muy piadosa esta Princesa, mas por desgracia habian abusado de su Religion para empeñarla en las novedades seductoras del Arrianismo: y el poder que adquirió sobre el espíritu del Emperador su hermano, causó daños infinitos á la sencillez de la fe en su primer estado. Tenia tambien ella por su parte una entera confianza con cierto Sacerdote, cuyo nombre callan los autores contemporáneos, pero era célebre por su adhesion al partido de Arrio, por su falso celo, por un talento singular para insinuarse en los espíritus, y ganarse la estimacion de las personas del mayor ingenio y de la primera distincion. Persuadió con maña este pérfido seductor á la Princesa que el Sacerdote Arrio era un justo perseguido, que la grande estimacion de que gozaba en el pueblo de Alejandría, movia la envidia del Obispo, y que este era todo el delito que se le acumulaba. La dificultad es-

taba en hacer creer lo mismo al Emperador, y la empresa era muy delicada con un Príncipe tan fuertemente adicto á la doctrina de Nicéa.

No se atrevia á hablarle del asunto la misma Constanza, aunque el intrigante director que la dominaba se lo mandó por obligacion ó precepto de conciencia (1). Mas enfermado en este intermedio y visitándola con frecuencia el Emperador, le pidió por la ternura de hermanos, que pusiese en el santo Eclesiástico que la dirigia, estas eran sus voces, toda la confianza que tenia en ella misma. Respecto á mí, añadió, ninguna pretension tengo en este mundo del que voy á salir; pero siguiendo vos en él, temo que los clamores de la inocencia perseguida esciten la maldicion celestial sobre vos y sobre vuestros estados.

80. Este razonamiento en boca de una hermana querida y moribunda, produjo todo el efecto que se queria. Constantino quiso oír al Sacerdote Arriano; creyó que Arrio podia haber sido calumniado; y llegó á tanto su credulidad y flaqueza, que escribió por sí mismo al heresiarca diciéndole que tenia licencia para comparecer y justificarse. Arrio, que estaba muy instruido en la trama, y además dispuesto para continuarla, no tardó en presentarse. Estaban diestramente preparadas todas las baterías de la intriga; y así le dieron por inocente, juzgándole por una confesion de fe de la que se habian suprimido las heregías de la primera, y por lo mismo no era tan fácil descubrir el veneno. Igualmente llamóse á Eusebio

(1) *Sozom. lib. 2. hist. cap. 16.*

de Nicomedia y á los dos Obispos Maris y Teognis, porque hicieron una retractacion no menos equívoca. Inmediatamente volvieron á sus Sillas, y despojaron de ellas á los que poco antes se habia ordenado en su lugar, por mandato de un Concilio Ecuménico.

Era necesario restablecer á Arrio en la Iglesia de Alejandría, para que el triunfo fuese completo: pero la dirigia el grande Atanasio, y jamás se vió Pastor alguno que hiciese mejor en la casa de Dios aquella columna de hierro, con la que comparan los libros santos á los verdaderos Obispos. Poco despues de su regreso recobró Eusebio de Nicomedia todo su antiguo favor, quien escribió á Atanasio é hizo que le escribiese el mismo Emperador: pero el Patriarca se mantuvo firme tanto contra las sugestiones de la seduccion como contra las amenazas; porque el Príncipe, sitiado de continuo por los mas diestros impostores, y colérico al propio tiempo por hallar en los mismos Cristianos los mayores inconvenientes á la paz y á la tranquilidad de la Iglesia, se deshizo de su ordinaria suavidad y de su antigua precaucion respecto á los asuntos de la Religion. Fue la tentacion tanto mas delicada, quanto era ocasionada por un Príncipe religioso, al que escitaban vivamente, calificando de rebeldía, ó á lo menos de resentimiento personal la resistencia del Obispo de la gran silla de Alejandría.

81. Mas en esta terrible prueba deparó la Providencia un grande auxilio á los Católicos, inspirando de nuevo á San Antonio que abandonase su amada

soledad, para ir á la capital de Egipto en defensa de su Pastor y de toda la Iglesia. Este gran Santo se hallaba en el colmo de la reputacion que merecian sus virtudes altas y sus frecuentes milagros. Todos los pueblos corrieron á recibirle, cuando se supo que llegaba, y le escucharon como á un ángel bajado del cielo. *Apartaos*, les dijo con toda la sencillez y franqueza evangélica, *apartaos de toda comunicacion con los impios llamados Arrianos, que tienen menos de Cristianos que de idólatras; pues adorando á Jesucristo, osan blasfemarle y sostener que no es mas que una criatura.* Confirmó este sencillo discurso con la curacion milagrosa de las enfermedades mas graves, y librando del demonio á una grande multitud de energúmenos. Corrian los infieles como los demás para ver y oír al hombre de Dios, que así le llamaban todos en general, teniendo á gran dicha tocar siquiera su ropa: y en algunos dias que pasó en la ciudad se convirtió un número increíble de ellos. Fue su presencia de mas utilidad á los Católicos, que eran todo el fin de su viage. Pero luego que los vió firmes en la fe y en la obediencia á su Pastor legitimo, volvió á tomar el camino de su soledad, la que jamás dejaba sino forzado y con imponderable dolor suyo. Acompañóle San Atanasio muy gran trecho, juntamente con su Clero, al que siguió una multitud innumerable de personas de todos estados, alabando á Dios y ensalzando la fe que producía tales virtudes.

Mas los Arrianos sembraban con mayor teson la discordia y la zizaña por do quiera, dirigiendo en

especial sus tiros contra Atanasio; y juntándose de nuevo con los Melecianos, para disponer con mas seguridad su perdicion, lo hicieron citar y comparecer ante el Emperador. Sus imputaciones por esta primera vez no hallaron apoyo; pues habiendo examinado Constantino el asunto por sí mismo, mandó se restituyese el Obispo Atanasio á su Iglesia, despues de darle tantos testimonios de estimacion, como de desprecio á sus calumniadores.

Los hereges tenían otro celoso antagonista en la persona del Patriarca de Antioquía, primer Prelado del Oriente despues del de Alejandría. El que llenaba tan dignamente esta gran Silla era San Eustacio, doctor profundo y elocuente, Pastor egemplar y de una vigilancia sin igual, confesor intrépido en las postre ras persecuciones, y ocupado con un celo infatigable, despues de la paz de la Iglesia, en corregir los abusos y precaver la relajacion (1). Por otra parte si era formidable á los hereges por sus escritos, lo era mucho mas por su ingenio en penetrar sus intenciones, y por su valor en quitarles el velo con que seducian á los incautos. Este varon virtuoso profundizó, y excluyó por lo mismo de la Clerecía, á Estévan, á Leoncio el eunuco, y á Eudosio, los que fueron á pesar de esto sus sucesores, por las tramas de los Arrianos, y dieron pruebas de lo fundadas que eran las sospechas que hubo acerca de su conducta. La gran reputacion de poder y ciencia que gozaba Eusebio de Cesarea, no fue bastante para arredrar á Eustacio, antes

(1) *S. Athanas. ad Solit. pág. 812.*

bien le atacó frente á frente, y fue de los primeros que descubrieron la alteracion que aquel hombre tan cauto habia insertado dolosamente en la confesion de fe que hizo en Nicéa. Comportóse de la misma manera con Paulino de Tiro y con Pámfilo de Escitópolis, igualmente acreditados en el partido.

El genio fogoso de los sectarios para resolver la perdicion del Prelado, no necesitaba tanto; pero con el designio de conseguirla mas seguramente, disimularon por algun tiempo. Tomó por pretesto Eusebio de Nicomedia, autor principal de la trama, el ir á visitar la Anastasia, á saber, la Iglesia de la Resurreccion, que el Emperador habia mandado hacer en Jerusalem. Así pretendia el herege cortesano obsequiar á Constantino por los mismos medios con que esperaba lograr sus depravados intentos. Teognis de Nicéa, depositario del secreto partió con él: avocáronse en Jerusalem con los Obispos de su partido, quienes á su regreso los acompañaron hasta Antioquía, como para cortejarlos. Se dice que eran de este número Eusebio de Cesaréa, Pámfilo de Escitópolis, Aecio de Lida, y Teodoro de Laodicéa. Y para sorprender mejor á San Eustacio, le hicieron todas las mayores demostraciones de amistad; y hallaron algunas razones especiosas para reunirse en Concilio en su propia Iglesia, y aun con varios Prelados ortodoxos.

82. Pero apenas estuvo congregada la asamblea, cuando descubrieron toda la malignidad que abrigan en sus pechos. Fue acusado Eustacio de sabelianismo, que era una heregia diametralmente opuesta

á la de Arrio, de la que los partidarios de este, así como los sectarios de todos los tiempos que se complacen en tergiversar las cosas, acusaban á los celosos defensores del dogma de la consubstancialidad. Tambien introdujeron en su conciliábulo á una muger pública con un niño en los brazos, que juraba ser de Eustacio. No habia mas prueba de esto que la sencilla palabra de la muger ganada visiblemente contra el santo Obispo; de manera que los Católicos clamaban con la mas viva indignacion, que era una atróz calumniaalzada contra el Prelado. Respondieron con un tono fingido de regularidad y moderacion los Obispos Arrianos, que eran los mas crueles enemigos, que no podian menos de creer á aquella persona que aseguraba su delacion con un juramento; y sin otra forma de proceso depusieron al santo Obispo de Antioquía (1). Sublevóse con tanto furor el pueblo, que amaba tiernamente á su respetable Pastor, y no tenia la menor duda acerca de su inocencia, que el alboroto hubiera tenido las mas funestas consecuencias, á no ser por las eficaces medidas que se tomaron para reprimirlo en sus principios. Tornaron prontamente á la corte Eusebio y Teognis, y persuadieron al Emperador lo que quisieron. Se desterró á San Eustacio á Macedonia, con los Sacerdotes y Diáconos de su mayor confianza, y murió en el destierro. Este es el primer autor eclesiástico que ha escrito contra los Arrianos, segun San Gerónimo.

Despues de su deposicion pusieron los hereges en

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 23.*

su lugar á Paulino de Tiro , luego á Eulio , después á Eufonio , y todos tres perecieron en muy poco tiempo. Lloraba sin cesar á su digno Obispo el pueblo ortodoxo ; y los seductores se lisongeaban de que no lo echaria menos nombrando á Eusebio de Cesaréa , que en muchas cosas se habia grangeado grande reputacion. Mas ya fuese política , ya celo verdadero de la disciplina , no consintió aquel en la traslacion ; y fue electo Flaccilo , que ocupó la Silla por tiempo de doce años. Nunca quisieron los fieles Católicos comunicar con él , y siguieron invariablemente en celebrar sus juntas aparte , con el nombre de Eustacianos. Consiguó asimismo la faccion Arriana que despidiesen de sus Sillas á otros dos santos Prelados , esto es , Asclepas de Gaza y Eutropio de Andrinópolis.

83. Causó alguna diversion en estos contratiempos la fundacion de la nueva Roma. Eligió el Emperador despues de examinar diferentes situaciones un lugar entre la Europa y la Asia , en el centro del Imperio Romano , y de los países templados de su continente. Esta situacion sobre un estrecho que comunica con los dos mares del Ponto-Euxino y de la Propóntide , le pareció , tal se reputa tambien en el dia , la mas agradable , la mas sana y la mas ventajosa del universo. Se alcanzan con la vista desde esta llanura que tiene un declive muy suave , las tierras mas alegres y mas fértiles y pintorescas de las dos partes del mundo. La rodea por los tres lados el mar , ó unos golfos tan inaccesibles al enemigo como favorables al comercio ; de suerte que en ninguna parte se podian encontrar

mas reunidas las ventajas de la seguridad con la facilidad en la subsistencia. Habia sido de bastante consideracion la ciudad de Bizancio , edificada en esta costa por un antiguo Rey de Tracia , que la dió el nombre , mas entonces era una poblacion corta cuyo Obispo reconocia al de Heraclea por Metropolitano.

Constantino dió primero tres cuartos de legua de ámbito á su nueva ciudad , pero le aumentó en lo sucesivo. El año 326 se dió principio á la fundacion de esta capital , y el dia 11 de Mayo del año 330 se celebró ya su dedicacion ; porque se alzaban casi de una vez los edificios interiores , tanto públicos como particulares , al propio tiempo que se trabajaba en construir los muros de la ciudad. Habia en ella muchas plazas rodeadas de pórticos , de las cuales la principal llevaba el nombre del fundador , y en el medio estaba su estatua sobre una enorme y magnífica columna de pórfido que se habia transportado de Roma. Se edificaron tambien dos palacios dignos del Soberano del mundo , un hipodromo ó circo para la carrera de caballos , un sitio adecuado para las de á pie , un anfiteatro , algunos teatros , baños , acueductos y gran número de fuentes. Al propio tiempo Constantino mandó edificar muchas casas , ó mas bien palacios , y los dividió entre los señores principales de Roma y de todo el Imperio ; y aun prohibió por una terminante ley á todos los que poseían tierras en las provincias cercanas , el disponer de ellas en su testamento , á menos de tener una casa en la ciudad de Constantinopla. Tenia esta su Senado , sus Magistrados y